

## Controversia

# Neoconservadurismo, poder y cultura política

Julio César Guanche  
Hiram Hernández Castro  
Jorge Hernández  
Enrique López Oliva  
Santiago Pérez  
Rafael Hernández

**Rafael Hernández (moderador):** El movimiento intelectual conocido como neoconservadurismo fue adquiriendo relevancia no solo en la doctrina política, las visiones acerca de la sociedad norteamericana y de su papel en el mundo, sino en la política real, especialmente en el contexto del llamado síndrome de Viet Nam y del ascenso de lo que luego fue la administración Reagan (1981-88). ¿Qué componentes, enfoques y temas caracterizaban a este movimiento en sus orígenes?

**Jorge Hernández:** El término *neoconservadurismo* ha ganado carta de ciudadanía y popularidad en los últimos tiempos, pero su historia alcanza un momento descollante a comienzos de los años 80, cuando aparecen múltiples estudios sobre el tema. Existen razones que explican ese *boom*, pero en rigor se trataba de un fenómeno con antecedentes en la primera mitad del siglo xx, si bien su maduración y creciente visibilidad data de mediados de los 70, cuando gana gradual articulación, alcanza presencia en los medios de difusión, y adquiere paulatinamente una expresión en trabajos académicos en terrenos como la sociología, las relaciones internacionales, las ciencias políticas. Su centro intelectual y político se encuentra en la sociedad norteamericana, aunque también tiene manifestaciones en Europa, sobre todo en Inglaterra y Francia.

Como etiqueta, el neoconservadurismo se utilizaba también como sinónimo de la nueva derecha, es decir, una de las varias corrientes ideológicas dentro de aquella coalición derechista (que incluía la derecha tradicional, la religiosa), aunque tenía sus particularidades. En cierto modo, implicaba una concepción del mundo, la política,

---

Panel de discusión realizado el día 31 de marzo de 2005 en el Centro Cultural Cinematográfico ICAIC.

y el sistema internacional. Se trataba de un movimiento constituido por personas con un origen intelectual, con una militancia o una vida política activa dentro de las filas del Partido Demócrata, partidarios del liberalismo, en su mejor tradición. Algunos incluso provenían de una izquierda trotskista y otros sectores radicales que habían bebido en fuentes marxistas. Estos reaccionan contra los males que empezaban a aparecer en la sociedad norteamericana y en la civilización occidental en su conjunto, desde mediados de la década de los 70, identificándolos como consecuencias del exceso de democracia de gobiernos anteriores, de políticas liberales —en el sentido más tradicional— que habían debilitado la imagen y la presencia internacional de los Estados Unidos. Se hablaba entonces de una creciente crisis de hegemonía como un fenómeno multidimensional; pero, en el plano interno, representaba una especie de atentado contra los mejores valores de la sociedad norteamericana, en perjuicio de los intereses nacionales. Estas amenazas contenían varios ingredientes: una crisis de autoridad, de gobernabilidad, de confianza, de credibilidad; se trataba más que de una crisis de las instituciones gubernamentales y del aparato estatal, una especie de crisis de la cultura occidental, derivada de ese marcado y sostenido proceso de racionalización y secularización de la modernidad.

Como corriente intelectual, el neoconservadurismo desarrolla el propósito de presentar una suerte de alternativa para sacar a los Estados Unidos y a Occidente de esta crisis. El punto fundamental contra el que reaccionaba era el llamado «consenso liberal», encarnado en lo que se conoció como la coalición del New Deal, para referirse a lo que el presidente Franklin D. Roosevelt, apelando a las ideas keynesianas, comenzó a desarrollar en la década de los 30, lo que promovió una mayor participación del Estado en la jurisdicción de los asuntos económicos, como garante del interés público, la eficiencia económica y la estabilidad financiera. Contra ese consenso liberal, y contra el papel supuestamente intruso del Estado en la vida económica y social, se clama por el retorno al libre mercado, la competencia; se insiste en la defensa de los viejos valores, de la necesidad de enfrentar las amenazas a la cultura, la seguridad nacional y la hegemonía norteamericana. Figuras destacadas fueron Norman Podhoretz, Irving Kristol, Edward Luttwak, entre muchos otros, quienes desde publicaciones como la revista *Commentary*, e instituciones como American Enterprise Institute y la Universidad de Georgetown, promovían el enfoque y los temas mencionados. Se trata de un chauvinismo renovado, que se enfrenta a todo lo que supuestamente atentaba contra la familia, la tradición, aunque esta no fuera su prioridad (sí lo era, por ejemplo, para la nueva derecha y para la derecha religiosa), se oponía, por ejemplo, a la pornografía, al homosexualismo y al consumo de drogas, a nivel doméstico. Los neoconservadores veían enemigos, digamos, en el feminismo, que se había desarrollado en ese contexto; en la contracultura juvenil, en los fenómenos que retaban —desde la moda, la música y el pensamiento—, el sentido de la moral tradicional, como los hippies: las barbas, los *jeans*, la música ruidosa, la tendencia al amor libre, el consumo de LSD, etcétera.

En el plano externo, también reaccionaban contra la amenaza que representaba el comunismo como un sistema mundial y promovían una política de endurecimiento en un marco que, sin embargo, no tenía mucho que ver, en algunos casos, con las tradiciones anti-intelectuales de otras corrientes conservadoras como la llamada derecha tradicional o nueva derecha, cuya agenda asumía tintes populistas, con mucha xenofobia e intolerancia racial, étnica, religiosa, y se centraba más bien en temas de relieve doméstico.

**Julio César Guanche:** En esta dimensión de los componentes, temas y enfoques del neoconservadurismo, trataré de delinear dos cuestiones. La primera es cuál filosofía política hereda el neoconservadurismo, y cómo la reconstruye; la segunda, cómo se expresa en el campo de la cultura y en el del poder, en el espacio de la política. Como movimiento más visible aparece en los años 70; pero si nos referimos

a su filosofía política, hay antecedentes. Si se quisiera ubicar un padre intelectual, está Leo Strauss, alemán, judío, profesor de la Universidad de Chicago; continuando por Allan Bloom, autor del *best-seller* *El cierre de la mentalidad norteamericana*, y que conduce, entre otros, a Francis Fukuyama, con el texto muy publicitado *El fin de la historia y el último hombre*.

Strauss es seguidor de una línea filosófica que viene de Platón y llega a Nietzsche, según la cual los hombres no nacen iguales ni son libres; su condición natural no es la libertad, sino la subordinación. De este enfoque, el neoconservadurismo deriva una serie de corolarios; otorga prevalencia al realismo político, que bebe también de Maquiavelo, y reelabora el tema platónico de la «mentira noble», como persuasión en la búsqueda de un consenso. Pero si este tema en Platón estaba atravesado por un núcleo de verdad, en el neoconservadurismo la mentira puede sostenerse a sí misma. Esto se conecta mucho con la actual política exterior norteamericana. Strauss, que no es un ferviente admirador de la democracia liberal, entiende que esta es un antídoto contra la modernidad, identificada como el triunfo del vulgo, de la mayoría. Una suerte de protección contra eso viene a ser el gobierno de los sabios, las personas de mayor calibre o calidad intelectual y ya no solo moral.

El telón de fondo que sirve al neoconservadurismo como *corpus* de pensamiento, no como la sola idea de un filósofo, es la Guerra fría, con todo lo que ya Jorge decía de la cooptación del campo intelectual. En este contexto, se utilizan figuras políticas como Arthur Kœstler e Irving Brown —este último a cargo de la atención por parte de la CIA de la izquierda africana y europea—, que arman una infraestructura de cooptación intelectual, sobre todo de la izquierda no comunista, con el fin de servir de vehículo a una ideología que rivalizara con el comunismo. En el campo ideológico de la Guerra fría opera una suerte de distribución temática sobre cuál tema puede defender cada bando: el mundo comunista soviético defiende el tema de la paz —aparece el Movimiento Mundial por la Paz—; mientras que «la libertad» es la punta de lanza del llamado «mundo libre». Este se expresa en el Congreso por la Libertad y la Cultura, pero también en una reconstrucción de la ideología conservadora y de la propia ideología liberal.

En el segundo punto me voy a centrar específicamente en la política hacia las ciencias sociales. Esta idea de «mundo libre vs. mundo comunista» trata por todos los medios, cuando no puede prohibir, de obstaculizar todo el desarrollo de las ciencias sociales progresistas o de tendencia marxista en los Estados Unidos y Europa.

En el campo de la sociología en específico los norteamericanos habían logrado, entre otras cosas, que la Oficina de Servicios Estratégicos de los Estados Unidos —que luego sería la CIA— contratara, solo en Washington, y solo al término de la guerra, más de mil seiscientos sociólogos. En los años 60, 80% de las investigaciones en ciencias sociales se financiaba con fondos del gobierno norteamericano o de empresas privadas muy vinculadas a este. Todo esto genera, según varios autores, un tipo de relación de los intelectuales norteamericanos de las ciencias sociales con el Estado, en busca de prebendas económicas y de prestigio. En Europa son purgados o afrontan muchos problemas, Henri Lefebvre y el mismo Pierre Bourdieu tiene que salir del centro donde trabajaba, porque en él se privilegiaba la sociología de Raymond Aron, de tendencia weberiana.

Entre los enfoques del neoconservadurismo, está su rechazo a la acción afirmativa para promover los derechos de las minorías o grupos oprimidos, sobre la base de principios como «igualdad para todos» y «discriminación para nadie». Según los *neocoms*, la acción afirmativa sería otro modo de proveer desigualdad. Por otra parte, la defensa a ultranza de la democracia, la «lucha contra el totalitarismo» lleva a justificar la política norteamericana en el combate contra las que califica de «dictaduras». Su enfoque de la gobernabilidad construye sus justificaciones con los conceptos de «democracia de baja intensidad», «bajo control o «tuteladas».

El capitalismo está atravesado por una contradicción estructural: de una parte, la imposibilidad de generar el cumplimiento de las expectativas de cada individuo; de otra, la reafirmación del individualismo como base de legitimación del sistema. Esta es la base de la confluencia entre el neoconservadurismo y neoliberalismo. La ideología del *homo economicus*, que está en la base del neoliberalismo, tiene que ser complementado con un agregado de moralidad que aporta el neoconservadurismo: los valores de la familia, de la tradición. Por eso Atilio Borón lo comprende como la expresión política del neoliberalismo. Esa confluencia que se produce después de los 70 me parece similar a la que se produjo en una época anterior entre democracia y liberalismo. Ambos conceptos no surgieron relacionados; pero en un momento de su historia sí se convirtieron en pares de una relación.

**Santiago Pérez:** Un concepto básico para explicar ese furor del neoconservadurismo a fines de los 70 es el de crisis. Se vivía entonces una crisis sistémica, que se expresaba, desde el punto de vista económico en todos los procesos derivados del esfuerzo bélico en Viet Nam, de los inmensos gastos que tuvo que hacer el presupuesto federal norteamericano de la época. También tuvo un alto componente moral, consecuencia del escándalo Watergate. Este movimiento neoconservador, aunque intelectualmente se remonta mucho más atrás, se torna políticamente más activo e influyente, y es asumido por los actores políticos —básicamente del Partido Republicano— para llenar el espacio que dejó la crisis. Prueba de esto es el peso de los llamados *think tanks* conservadores del período, todavía existentes, y que siguen nutriendo este pensamiento, como la Heritage Foundation, el American Enterprise Institute, y la Universidad de Georgetown, que nuclearon a un gran número de intelectuales neoconservadores.

A nivel político, se formó el Comité para el Peligro Presente, cuyo núcleo central fue la política exterior. La artillería neoconservadora se concentró en la crítica, tanto a republicanos como a demócratas, por la distensión con la URSS. Este es el punto estratégico que da sentido al aparato conceptual. Surgen, en primer lugar, todas las propuestas para el aumento de los gastos militares; y, en segundo, la definición de una política exterior de los Estados Unidos que no se limitara al juego de la *real politik*. Los neoconservadores eran muy críticos del realismo político de Henry Kissinger; argumentaban que no había que conformarse con el balance de poder a nivel mundial, sino cambiarlo a favor de los Estados Unidos, porque estaba en peligro la hegemonía norteamericana en el mundo y la integridad moral de su sociedad. Había consenso en que era preciso desarrollar la carrera armamentista, y que el país debía alcanzar una política exterior mucho más agresiva, así como recolocar el componente ideológico en ella. En todos los documentos de política exterior desde el fin de la Segunda guerra mundial, este siempre ha estado presente, pero con la administración Reagan y el ascenso de los neoconservadores, se incrementa de una manera significativa.

**Rafael Hernández:** ¿Quiere esto decir que los neoconservadores son los primeros en formular una especie de autoconciencia de que los Estados Unidos son y tienen que comportarse como un imperio?

**Santiago Pérez:** Esto ocurre a nivel del discurso teórico y doctrinal. En la práctica, se han comportado como imperio, en el sentido que nosotros le damos al término, desde su surgimiento como gran potencia, a fines del siglo xix. Después de la Primera guerra mundial, y sobre todo, de la Segunda, se manifiestan como tal y, sobre la base de la percepción del peligro del comunismo, crean una estrategia de dominio mundial. Ante las victorias del campo progresista, los avances en el poderío militar de la Unión Soviética, las revoluciones en el Tercer mundo, y sobre todo, la derrota en Viet Nam, se generó un consenso en la élite norteamericana, entre republicanos

y demócratas, de que había que buscar una especie de balance de poder, en los términos del pensamiento kissingeriano. Los neoconservadores cuestionaban todo eso, y se replanteaban la noción de imperio descarnadamente.

**Rafael Hernández:** Quisiera pedirle a Hiram que se refiriera a algunos otros aspectos no tocados en relación con los componentes conceptuales, las especificidades de este pensamiento y sus repercusiones; pero que se refiera también a mi segunda pregunta, relacionada con lo que *no* es el neoconservadurismo. En ese sentido, les propongo comparar el neoconservadurismo con el populismo de derecha macartista y con el fascismo.

**Hiram Hernández Castro:** Lo común a todo conservadurismo, incluyendo el «neo», es suponer la legitimidad incuestionable del orden y, por tanto, oponerse a todo cambio social revolucionario. El conservadurismo teme a la imaginación *en y de* la libertad. Ese temor, como se ha dicho, se reafirma con fuerza ante la mentalidad de protesta y contracultural que emerge en la década de los años 60. Fue en esa época que el profesor comunista Michael Harrington significó el concepto de *neoconservadurismo* para referirse a esa articulación discursiva observada en un conjunto de intelectuales norteamericanos, renegados de las filas de izquierda, interesados en demostrar que el liberalismo corriente ya no era lo suficientemente anticomunista para el contexto de Guerra fría y la emergencia de subjetividades ácratas y liberadoras.

El componente nuevo del conservadurismo es su fusión con el liberalismo económico, la escuela neoclásica, el monetarismo y la redefinición del Estado social. Los axiomas liberales: «el mercado es la llave de la libertad» y «el Estado es la llave de la coacción» son legitimados ahora por el neoconservadurismo. Este expresa su preocupación ante la pérdida de autoridad que resiente a las instituciones estatales supuestamente sobrecargadas de exigencias ciudadanas. El objeto esencial de los estudios neoconservadores es la ingobernabilidad, concepto que se erige en tema articulador de la corriente predominante en la ciencia política norteamericana, como ser capaz de relacionar la tradición filosófica conservadora con una tecnología científicista.

En cuanto a las semejanzas y diferencias del neoconservadurismo con el fascismo, hay un principio que atraviesa el pensamiento conservador y que el fascismo llevó a su máxima expresión: la culpabilidad natural del hombre y, por tanto, su incapacidad para ser libre. Se precisa un poder que salve al hombre de su culpa natural. Este principio puede ser la tradición, la nación, la raza, el mercado, el Estado o el imperio.

Como muestra Franz Kafka en sus novelas, un rasgo fundamental común es la instrumentalización del sujeto; es decir, los seres humanos son masas de maniobra de un ente que los trasciende. En ambas doctrinas hay una usurpación del proyecto moderno de autonomía: esta se convierte en una máquina modernizadora que niega la subversión y afirma el orden impuesto desde el poder. El conservadurismo y el fascismo tienen en común ser proyectos que rechazan toda referencia racional a la liberación humana y a la autonomía social. Ahora bien, existen diferencias. El fascismo histórico es un sistema político que intenta encuadrar unitariamente a una sociedad en crisis dentro de una imagen trágica, promoviendo la movilización de masas e identificando las reivindicaciones sociales con las nacionales. Esto, de alguna manera, también está presente en el neoconservadurismo en su concepción de imperio, destino manifiesto y guerra permanente; pero los neoconservadores no apelan a la movilización de las masas ni a la estetización de la política. La propaganda neoconservadora se basa en la hegemonía de los valores tradicionales de Occidente y el poder incuestionable del mercado. Por otra parte, la diferencia fundamental está en la relación individuo-Estado. Mientras el fascismo se caracteriza por ser un régimen totalitario que apela al Estado total como supuesta salvaguarda de los

intereses nacionales, la ideología neoconservadora, en cambio, predica el anti-intervencionismo estatal. Ahora bien, uno y otro son medios, en contextos históricos diferentes, para proteger el capital y crear las condiciones óptimas para su desarrollo. El neoconservadurismo sostiene eliminar los mecanismos de redistribución estatal de la riqueza social; pero, en realidad, el Estado necesita hacerse más represivo para lograr la gobernabilidad que esta acción precisa. En definitiva, lograr que lo inaceptable se convierta en razón cotidiana es la praxis política común de todos los fascismos.

En cuanto al «populismo de derecha», es un término que yo no usaría. El populismo no es de «izquierdas» o de «derechas». No es una ideología, sino un mecanismo de dominación política que se expresa como instrumentalización de los sujetos, es decir, una forma de extirpar el principio de autonomía y negar la constitución del ciudadano, al establecer relaciones de poder a partir de favores y lealtades, no de deberes y derechos. El populismo emerge cuando el pueblo se ejerce como predicado y no como sujeto del cambio social. Si en tanto principio político me represento y ejerzo el sentido de la izquierda como la subversión de las estructuras de dominación, no puedo hablar de populismo de izquierda ni, consecuentemente, de derecha.

**Enrique López Oliva:** Hay un neoconservadurismo que tiene un carácter político, pero también hay uno religioso. No deben identificarse pues son diferentes. Hay liberales en el campo teológico que asumen posiciones políticas conservadoras, y conservadores teológicos políticamente progresistas. No todos los miembros de la nueva derecha religiosa, que incorpora elementos de la religión al programa de la derecha política, son conservadores, aunque articulen un nuevo programa, donde hay elementos populistas incidiendo en la agenda del Partido Republicano. Me refiero al movimiento evangélico, neopentecostal, pentecostal y, sobre todo, a las iglesias bautistas. Son iglesias de base popular que actúan en regiones rurales; consideran que la crisis política actual es principalmente moral; estiman que la nación estadounidense es la «escogida por Dios» para imponer «la democracia en el mundo».

El neoconservadurismo trasciende las fronteras de los Estados Unidos, incide en Inglaterra, tanto en el movimiento conservador como en el laborista, pero también en la democracia cristiana. Los partidos demócrata-cristianos, influidos por el neoconservadurismo, giran hacia la derecha, alejándose del centro-izquierda. Muchos han adoptado el nombre de Partido Popular. En Italia, sin embargo, el Partido Popular fue, a principios del siglo xx, progresista, respecto al cual el dictador Benito Mussolini presionó al Vaticano para que no lo apoyara, porque le hacía sombra al movimiento fascista italiano. En este caso específico, sectores progresistas de la democracia cristiana y cristianos sociales se unieron a ex comunistas social-democratizados y otros sectores progresistas, en la Coalición Olivo, y presentaron una alternativa de centro-izquierda frente a la extrema derecha italiana, para formar un nuevo partido político, el Demócrata, semejante al norteamericano.

Hay elementos de la izquierda cristiana en la coalición bolivariana que lidera Hugo Chávez en Venezuela. En Chile, la concertación democrática encabezada por la democracia cristiana y los socialistas, abrió un nuevo camino frente a la dictadura militar de Augusto Pinochet. Hay demócrata-cristianos progresistas en el Frente Amplio Encuentro Nacional, en Uruguay, que llevó a la presidencia de ese país al socialista Tabaré Vázquez, un católico practicante, opuesto a la liberación del aborto. Cristianos progresistas —entre ellos un grupo numeroso de evangélicos— apoyan en Bolivia al presidente Evo Morales, y algunos ministros evangélicos han sido promovidos a cargos gubernamentales. En los últimos años, se han fundado varios partidos políticos en América Latina encabezados por predicadores evangélicos.

En el campo religioso, la Teología de la Liberación es una de las corrientes de pensamiento que más enfrenta críticamente el neoconservadurismo. Esta plantea, como alternativa, un diálogo macroecuménico abierto a todos los que quieran participar, sean cristianos o no, e incluso no creyentes religiosos, y exhorta a unirse en un movimiento mundial por la construcción de una sociedad donde quepan todos, y nadie sea excluido.

El fascismo, por su parte, es una ideología política más nacional que el neoconservadurismo, y obedece a un momento histórico surgido entre la Primera y la Segunda guerra mundial; mientras el neoconservadurismo se proyecta dentro del proceso de transnacionalización de la economía en la época de la actual globalización. El fascismo perteneció a una etapa anterior, que se articuló dentro del Estado nacional. Ambos tienen características coincidentes, como un discurso demagógico, actúan sobre la clase obrera, tratan de apoyarse en la pequeña burguesía y en sectores de la burguesía nacional, pero obedecen a dos momentos distintos.

**Jorge Hernández:** Hiram calificó el fascismo como un sistema político. Yo me quedé incómodo con esta definición, porque no se trata de un tipo histórico de Estado, ni una forma de gobierno, sino de un régimen político que trata de aplicar el llamado Estado de excepción, pero bajo condiciones *sui generis*. Estas implican, por ejemplo, la supresión de los parlamentos, del sufragio y del voto, rasgos que lo harían prácticamente inviable en una sociedad como la norteamericana. James Petras y Gore Vidal han retomado estas ideas para matizarlas de alguna manera. Sin embargo, el fascismo y el neoconservadurismo sí comparten un profundo sentimiento de conspiración para justificar la transgresión de las reglas convencionales de la democracia burguesa y presentar como legítimas sus propuestas autoritarias, elitistas, intolerantes.

La nueva derecha, en cualquiera de sus variantes, es bastante derecha —como decía alguna vez Carlos Alzugaray—; la conforman movimientos tan radicales o extremos que casi se salen de los márgenes del sistema, pero se mueven aún dentro de estos. El clima de presión psicológica y de temor que logró imponer el macartismo canalizó, a una escala desconocida en los Estados Unidos, un movimiento de extrema derecha, dentro del cual se expresan el fanatismo y el sentimiento conspiratorio, que tienen vasos comunicantes con otras expresiones de la derecha o del conservadurismo, en sentido general.

Sí existe un populismo de derecha, porque el norteamericano es muy reaccionario; no tiene nada que ver, por ejemplo, con el populismo ruso o con el latinoamericano. Tiene orígenes rurales, incluye posturas cuya racionalidad conceptual es harto moderada, y que dan lugar a organizaciones como el Ku Klux Klan y la American Rifle Association, por ejemplo. Se trata de organizaciones muy beligerantes, que expresan mucha intolerancia y simplismo, carentes de una intelección elaborada en sus puntos de vista.

El neoconservadurismo, en cambio, aunque tiene los ingredientes de que hemos hablado, carece de ese anti-intelectualismo. Se mueve dentro de un grado de elaboración de ideas que se trata de vender mediante los medios de comunicación, el aula universitaria, el ensayo teórico, los textos de envergadura política, el artículo publicístico y periodístico. En términos gramscianos, el neoconservadurismo se mueve más en el plano de la reproducción hegemónica, jerarquizando la ideología, el consenso, la sociedad civil, en tanto el fascismo y las expresiones de extrema derecha están más en el plano de la represión política estatal, de la violencia material, el autoritarismo policial y hasta el terrorismo. Y lo logra precisamente porque es el que toma nota de la crisis múltiple que apuntaba Santiago —el síndrome de Viet Nam, el escándalo Watergate, la recesión de mediados de la década de los 60—, pero lo reinterpreta como una crisis cultural y moral. De ahí que se proyecte, entonces, desde una perspectiva global.

**Julio César Guanche:** Más que con el populismo, me interesa diferenciar el neoconservadurismo con el fascismo, porque es a lo que se le suele asociar. En cuanto a la política de clases, el fascismo es un intento de transversalizar clases, captar factores desplazados de clases que puedan alcanzar; mientras el liberalismo o el neoconservadurismo expresan una posición hacia el mercado que implica otra política hacia las clases.

En lo referido a la base social, como decía un historiador alemán, el fascismo es un movimiento de desclasados, de despojados, de personas que creen que no tienen el lugar que les corresponde como individuos o como naciones. Se trata de una diferencia fuerte con el neoconservadurismo, porque esta atmósfera, cuyo malestar retoman los neoconservadores, se formula para el beneficio de los sectores centrales de la modernización capitalista, no de los «desplazados».

En cuanto a las semejanzas, ambos provienen de contextos de crisis y se instalan en uno de reivindicación económica, política y simbólica. Al mismo tiempo, tienen necesidad de expandirse para sobrevivir; de aquí se desprende la necesidad estructural de la guerra en su política. El nacionalismo es otro rasgo de semejanza. Se sabe que se trata de una cuestión esencial de todos los fascismos en cualquiera de sus variantes; pero también el neoconservadurismo le otorga un papel importante. Irving Kristol afirmaba, en un ensayo de 1993, que la religión, el nacionalismo y el crecimiento económico son los pilares del neoconservadurismo.

Comparten también un criterio de la moralidad. La idea de McCarthy, en la cual confluyen muchos neoconservadores de los años 50 —Sydney Hook y el propio Daniel Bell, por ejemplo—, también resulta muy moralista, pues caracteriza al comunismo no solo como orden político, sino también como fuente de corrupción del orden moral norteamericano. Y, por supuesto, el fascismo lleva esta idea de moralidad hasta destruir todo lo que atente contra la salud moral de la sociedad.

Finalmente, comparten la idea del mesianismo y el destino nacional. Irving Kristol dice: «el patriotismo surge del amor hacia el pasado de la nación; el nacionalismo surge de la esperanza por la grandeza distintiva del futuro de la nación». Y aquí entra la idea del imperio: los neoconservadores creen que los objetivos de la política exterior norteamericana deben ir más allá de una definición estrecha y demasiado literal de la seguridad nacional. Defienden el interés nacional de una potencia mundial tal y como se define por un sentido de destino. Otro de los neoconservadores llama a los Estados Unidos «la Sión que alumbrará al mundo». Al mismo tiempo, se presentan como idealistas; en contra del realismo político de Kissinger, retoman el papel que los Estados Unidos están llamados a desempeñar en el mundo, como nación escogida por Dios.

**Santiago Pérez:** La primera semejanza entre fascismo, neoconservadurismo y macartismo es que atentan contra el individuo y los derechos civiles. Una segunda sería el hincapié que hacen en los valores, con un componente religioso importante. En tercer lugar, la idea de que el peligro viene de afuera es común a todos. Tanto McCarthy, con aquella cruzada a favor de «lo americano», como el neoconservadurismo y el fascismo, afirman que hay un peligro que acecha a la nación, contra el cual hay que buscar resortes y movilizar a la opinión pública. Todos son movimientos agresivos, que buscan cambiar el *status quo*.

Respecto a las diferencias, el macartismo es más bien un movimiento político, generado desde el Congreso de los Estados Unidos, que tuvo un componente intelectual, pero que no pudo atentar, de manera eficiente, contra el consenso del Estado de bienestar impuesto a partir de la llegada de Roosevelt en los años 30. McCarthy opera en los años iniciales de la Guerra fría, y queda descolocado después, dentro del consenso. El neoconservadurismo es una tendencia ideológica que ha



tenido un nivel de implementación práctica, pero no lo puedo ubicar en la misma dimensión que el fascismo, un fenómeno con connotaciones mucho más amplias y, como tal, resulta mucho más complejo que el macartismo. Otra diferencia es la relación individuo-Estado de bienestar. El fascismo en Alemania le dio a la gente cosas desde el Estado. Sin embargo, este neoconservadurismo de inicios del siglo XXI se ha unido al neoliberalismo en la lógica de crear el Estado mínimo, aspecto que, incluso desde el punto de vista doctrinario, diferencia conservadurismo y liberalismo.

**Rafael Hernández:** Voy a posponer mi tercera pregunta, de manera que los asistentes puedan hacer las suyas y comentar lo dicho hasta aquí.

**Armando Chaguaceda:** Hay que hacer una distinción entre la retórica, los proyectos y los programas políticos aplicados por los neoconservadores. Reagan, por ejemplo, atacó determinadas funciones del Estado, pero otras se reforzaron; atacó aquellas que apuntaban a la libertad positiva, las que redistribuían la renta y permitían apoyo a los grupos sociales desfavorecidos; pero no a la libertad negativa. La Reserva Federal y el Departamento de Defensa se refuerzan, así como determinadas dependencias del Estado o paraestatales, como por ejemplo, la NED, que se refuerza en la década de los 80.

Hay que evitar una abstracción general cuando se hace una valoración del neoconservadurismo y sus posiciones respecto al Estado. En China, por ejemplo, ocurren fenómenos que yo invitaría a los especialistas a analizar, como el rescate de la ideología del neoconfucianismo, que expresa una lógica de élites y pospone cualquier tipo de discusión sobre espacios de socialización política; pero consagra el mantenimiento de un Estado fuerte y la formación de grandes fortunas personales. Algunos autores lo denominan neoconservadurismo chino, aunque opere con una lógica distinta a la occidental.

**Carlos Alzugaray:** Quiero apuntar dos o tres aspectos en el debate. Primero, la relación neoconservadurismo-liberalismo. El liberalismo surge como la ideología típica del capitalismo, pero hay un momento en que se escinde, y tiene lugar un cambio de énfasis en cuanto al mercado y el utilitarismo de Jeremy Bentham, y se pasa a una ideología que se preocupa por la persona, donde la libertad del mercado que había planteado Adam Smith ya no es el centro. De ahí surgen los Estados de bienestar; no necesariamente de la socialdemocracia, sino de ese «liberalismo bueno» de Hobson a Keynes, en Inglaterra sobre todo.

Un aspecto del neoliberalismo norteamericano son los Chicago Boys, cuya doctrina económica nace en la Universidad de Chicago. Entre los teóricos surgidos allí está el maestro y tutor de Alan Wolfowitz, Albert Wohlstetter, autor de la estrategia de utilización de la guerra nuclear, otra de las fuentes importantes del neoconservadurismo norteamericano.

La vinculación de las corrientes religiosas con el pensamiento político norteamericano va más allá de los neoconservadores. Recordemos que Madeleine Albright, miembro del Partido Demócrata, afirmaba que los Estados Unidos eran la nación indispensable, lo cual equivale a la idea religiosa de la «nación escogida». Esa ideología neoconservadora trasciende al Partido Republicano y se traslada a sectores supuestamente liberales.

Finalmente, quiero señalar el movimiento hacia la derecha de los medios masivos de comunicación en los Estados Unidos con la creación de la cadena de Fox News, la pérdida de influencia de los periódicos liberales tradicionales —*The New York Times*, *Los Angeles Times*, *The Washington Post*— que han perdido protagonismo. Además de que el *New York Times* tiene hoy un columnista neoconservador, que es David Brooks. La creación de Fox News, propiedad de Rupert Murdoch, mueve todos los

canales norteamericanos hacia la derecha, y ello tiene una gran influencia ideológica en la consolidación del neoconservadurismo como corriente hegemónica.

**Alfredo Prieto:** Tengo varias preguntas para el panel. ¿Qué hay de nuevo en el grupo que se llama a sí mismo «republicanos compasivos»? ¿Qué significan y contra qué reaccionan? ¿Qué hay de novedoso en este proceso de reafirmación de valores conservadores, que viene de atrás? Una pregunta específica para López Oliva: ¿por qué en los años 80 importantes sectores protestantes y evangélicos, que hasta ese momento habían militado en las filas demócratas, de pronto cambiaron de partido y se fueron con Reagan? ¿Por qué de entonces a la fecha el discurso y los códigos religiosos son una apelación muy fuerte en los candidatos de ambos partidos? Después de los atentados terroristas del 11 de septiembre, el lenguaje político se empezó a llenar de códigos provenientes de las interpretaciones fundamentalistas de la Biblia; los terroristas fueron llamados «hacedores del mal», y se creó el «eje del mal». A mi juicio, en Cuba hay que investigar con mucha más profundidad las conexiones existentes entre el grupo conservador en el poder y la derecha religiosa.

**Nicolás Cossío:** ¿Existe para ustedes un neofundamentalismo religioso? El doctor Jatamí, presidente de la República Islámica de Irán, hace años, hablando en la Asamblea General de Naciones Unidas, fundó lo que él llamó «diálogo entre las religiones»; luego el PSOE español, con su líder José Luis Rodríguez Zapatero, crea lo que se llama «alianza de las civilizaciones»; en Cuba se ha celebrado un encuentro similar patrocinado, pienso yo, por la orden de San Andrés, de los ortodoxos rusos. ¿Nos acercamos a una aproximación de las diversas fuerzas religiosas con el neorrealismo político actual?

**Rafael Hernández:** Antes de entregarle la palabra al panel, quiero aclarar un punto de mi segunda pregunta, en cuanto al sentido de la comparación entre neoconservadurismo y macartismo. Nuestra manera de entender la cultura política de los Estados Unidos la confunde muchas veces con cierto pensamiento liberal y sus expresiones culturales, e identifica al país con Nueva York o San Francisco. La cultura política predominante en los Estados Unidos —no estoy hablando de las expresiones de la clase alta ni la élite intelectual, sino de la de las pequeñas ciudades del interior— tiene raíces históricas profundamente conservadoras. Existe un conservadurismo popular muy arraigado, que es particular de los Estados Unidos, alimentado por factores históricos específicos, provenientes de su origen puritano, que no son solo los del medio rural. A esa cultura me refería cuando hablaba de «populismo conservador» o de «conservadurismo popular».

La pregunta que me faltaba formular, y que ahora le paso al panel, es la siguiente: ¿en qué medida existen condiciones fuera de los Estados Unidos —en Europa y en otras partes del mundo— para la emergencia de políticas y movimientos ideológicos que tengan puntos de contacto con el neoconservadurismo?

**Enrique López Oliva:** El neoconservadurismo se aprovecha, en parte, del vacío dejado por la experiencia fallida del llamado «socialismo real» e intenta apropiarse de algunos de sus elementos para su agenda y su aparato conceptual. Por otra parte, aparece como un relevo de la derecha, intentando modernizarse para el nuevo momento histórico.

Tradicionalmente, el Partido Demócrata en los Estados Unidos fue el de los católicos y los judíos, así como de la población afronorteamericana y los grupos inmigrantes. Pero a partir de 1980 comenzó a producirse un éxodo hacia el Partido Republicano, estimulado por una serie de factores, entre estos una inteligente campaña propagandística, promovida por expertos políticos al servicio de la derecha religiosa y sectores de la derecha en general, que comenzaron a criticar cada vez

más fuertemente al Partido Demócrata por lo que valoraron como una tendencia secularizante, en temas muy sensibles en determinados sectores de la población, como el aborto, el divorcio, la igualdad de géneros, el matrimonio homosexual. Los conservadores católicos —sobre todo desde el papado de Juan Pablo II, con su posición muy firmemente definida en puntos como el divorcio y las medidas del control de la natalidad—, comenzaron a sumarse a una alianza de elementos religiosos de la nueva derecha. En la famosa Coalición Cristiana, que agrupa a los principales grupos religiosos de derecha, se produce un trabajo sistemático con los católicos para atraerlos a las posiciones de esa nueva derecha religiosa. También se acercan a las iglesias afro-americanas, ofreciéndoles apoyo económico y un espacio fuera del *ghetto* negro, aprovechando que muchas mantienen posiciones teológicas conservadoras y son muy sensibles a temas como la crisis de la estructura familiar tradicional, el tráfico de drogas y la violencia doméstica, que suelen afectar y deslegitimar a este sector social.

Los hechos del 11 de septiembre de 2001 magnificaron un discurso que ya venía desarrollándose, de carácter catastrofista: «estamos ante grandes cambios que ponen en peligro a la humanidad y socavan los fundamentos de la nación norteamericana». El «diálogo de las civilizaciones» o las «alianzas de las civilizaciones» son intentos de responder a ese enfrentamiento o choque entre ellas propiciado por algunos teóricos neoconservadores, como Samuel Huntington. Es un intento de buscar nuevas vías de diálogo, crear nuevos espacios de convivencia, vías de entendimiento entre distintas culturas y religiones. Los teólogos latinoamericanos de la liberación —distanciados por su interpretación radical del mensaje evangélico de las posiciones oficiales de la Doctrina social de la Iglesia católica— han estado trabajando por un diálogo macroecuménico entre las civilizaciones, que busca el entendimiento entre distintas religiones y culturas. Se creó con tal fin la Asociación de Teólogos del Tercer Mundo, que reúne a teólogos de África, Asia, América Latina. Los de Asia y África incorporaron el diálogo interreligioso e intercultural, mientras los de América Latina aportaron el análisis sociopolítico y económico.

**Hiram Hernández Castro:** Sobre lo que comentaba Chaguaceda en relación con el neoconservadurismo y el Estado, lo que sucede es que los neoconservadores asumen el proyecto neoliberal. El neoliberalismo ataca las políticas redistributivas del Estado, es decir, algunas políticas del Estado social y de bienestar —no el Estado mismo. Ahora bien, las fortalezas del neoconservadurismo y, en general, las de la derecha hay que buscarlas en las debilidades de la izquierda. Es necesario pensar el neoconservadurismo no como una macropolítica relacionada con el papel del Estado y los partidos políticos, con instituciones conservadoras y propagandas antiterroristas, sino como un poder creador de una determinada subjetividad. Recordemos que surge en el contexto de un gran desprestigio del socialismo de Estado, que tiene por un lado la crítica de la Nueva Izquierda y, por el otro, el discurso conservador. Es también la reacción contra el Estado de bienestar. Milton Friedman argumentaba que el dinero del contribuyente norteamericano se utilizaba tanto para hacer propaganda al tabaco como contra el tabaquismo. La carencia de control social sobre las burocracias estatales es el correlato real sobre el cual los neoliberales y *neocons* construyen su discurso legitimador. Es por eso que el pensamiento neoconservador, más allá del discurso de sus intelectuales orgánicos, es chato. Si la revolución de mayo del 68 decía «la imaginación al poder», estos intelectuales y políticos podrían proclamar «el chatismo al poder». Eso es lo que lleva a Bush a la Casa Blanca.

Acercas de la pregunta de si existe para el conservadurismo un terreno favorable en el mundo, esta podría ser incluso más amplia: ¿existe un terreno favorable en la subjetividad? Si el conservadurismo se ejerce en contraposición a la subversión

revolucionaria, la solución a una posible respuesta afirmativa podría estar en la búsqueda libertaria de relaciones y mediaciones socializadoras de poder.

**Jorge Hernández:** Con mucha frecuencia asumimos de manera bastante estereotipada la relación entre conservadurismo y las distintas expresiones que asume, desde el punto de vista histórico, el liberalismo. Cuando la mayoría de los autores empezaron a tratar el tema de la coalición de Reagan, se sorprendían por el carácter de ruptura que tenía dentro de la llamada corriente central —el *mainstream*—, el establecimiento de un poder tan radical, y que esto daba al traste con la tradición liberal. Se perdía de vista lo que Rafael comentaba, y es el hecho de que, por razones históricas (la manera como surgió la nación y evolucionó el capitalismo en los Estados Unidos), existe una identificación con un «credo», una especie de *continuum* liberal-conservador o al revés, conservador-liberal, que se expresa incluso desde un punto de vista clasista en estas dos corrientes. Se trata de un mismo telón de fondo dentro de los dos partidos. Aunque a veces asumimos que los demócratas son los liberales y los republicanos los conservadores, si comparamos un demócrata del sur y un republicano del noreste, por ejemplo, probablemente el de Alabama sea muchísimo más conservador que el republicano de Nueva York.

Cuando analizamos una serie de aspectos alrededor de los cuales se definen posiciones ideológicas, podemos caer en una trampa: el anticomunismo, el destino manifiesto, el monroísmo, el aislacionismo, ¿son acaso patrimonio de los conservadores? Resulta interesante la reflexión sobre el macartismo, porque ese fenómeno no era algo totalmente sorprendente. Lo novedoso fue la manera en que se expresó, aunque durara poco tiempo. Ahora bien, una mirada al presente, a esta especie de macartismo sin McCarthy que vemos hoy en los Estados Unidos, corresponde a un cuadro histórico muy diferente: no hay un sistema socialista mundial, una percepción de amenaza de carácter sistémico, pero sí del terrorismo y de los hechos sin precedentes del 11 de septiembre. Todo esto nos lleva también a entender una serie de reacciones que proponen los conservadores de hoy, como la defensa de América frente a enemigos internos o externos, supuestos o reales.

**Julio César Guanche:** Me referiré solo a un punto: el que mencionaba Hiram como «la imaginación al poder *vs.* la chatura al poder». Esto no es prudente asumirlo así, porque lo entenderíamos mal. Hay una profunda elaboración intelectual en torno a todo esto. No se trata solo de llevar a Bush al poder, de un triunfo político, sino de comprender el modo en que ha calado como hegemonía cultural esta idea neoconservadora en la sociedad norteamericana. Hay que estudiar mucho la elaboración ideológica que tiene este movimiento, pues se conecta con tradiciones norteamericanas que vienen desde los orígenes, desde la fundación de los Estados Unidos como nación, que reelabora la ideología del individualismo, de cierto antiestatalismo.

Con todo ello el neoconservadurismo ha logrado una cuestión que puede ser la clave del consenso norteamericano: la confluencia —sin fisuras a nivel discursivo— entre capitalismo y democracia liberal, donde uno no puede existir sin el otro. Esa es una elaboración que ha costado, entre otras cosas, mucho trabajo, pero también mucho dinero, subvenciones millonarias del Estado. El tema del Estado de bienestar y del Estado mínimo para mí siempre es problemático, porque, primero, no identifica a quién postula cada enunciado. Hay ultraradicales que hablan de una cuestión, hay neocontractualistas que hablan de otra, y la idea del Estado no es la misma dentro del propio pensamiento neoliberal. Esa sería una primera distinción. Obviamente, el Estado crece por un lado, hace cada vez más funciones de policía, por ejemplo, y trata de decrecer por otra parte.

Este problema también se conecta con la legitimación ideológica: el Estado de bienestar empieza a ser acusado de ser «el Estado de malestar». ¿Y qué hace o se dice que hace? Si ahoga la iniciativa individual, la única forma de reconstruirla democráticamente es el mercado. Entonces no se trata solo de enfocar el tema del Estado y las cuestiones políticas en estricto sentido, sino de encontrar el papel del mercado y de las funciones por él atribuidas al Estado dentro de ese pensamiento.

**Santiago Pérez:** Hay que separar varias cosas en el análisis; en primer lugar, diferenciar entre la producción intelectual e ideológica, de un lado, y la *praxis* política, de otro. No todo lo que se ha cosechado desde el punto de vista intelectual desde fines de los 70 y los 80, se instauró con el reaganismo; ni tampoco todo lo que han escrito los neoconservadores en la década de los 90 se ha estado instaurando. Por otra parte, a nivel del movimiento ideológico, hay muchas otras tendencias. No hay que pensar solamente en una visión monolítica de todo lo que está pasando en los Estados Unidos sobre cada uno de los asuntos aquí discutidos y que son parte de la agenda. Finalmente, es necesario identificar a los sectores de poder en los Estados Unidos, lo que incide en la política. El llamado concepto de «estructura de poder», que se desarrollaba en los 80, es válido para el análisis de la actualidad. No pudiera decirse que se ha eliminado la lucha entre los distintos actores y sectores de poder, referente a la implementación de determinadas políticas en los Estados Unidos. Los neoconservadores, muchos de los cuales sí están en el gobierno, no necesariamente van a poder hacer cada uno de sus deseos.

Coincido en que tanto durante el período de la *reaganomics*, como en la actualidad, se ha hecho un uso —incluso mucho mayor— del Estado, en su carácter policiaco, como consumidor del complejo militar-industrial, que ha acrecentado el déficit fiscal. Lo que se ha achicado es la parte del Estado de bienestar, lo que reciben los pobres, los sectores desfavorecidos, que de alguna manera se beneficiaron con todo el período post-rooseveltiano.

Referido a la pregunta del «republicanismo compasivo», eso solo refleja la lógica de Bush en la campaña electoral del año 2000, con una sociedad norteamericana muy dividida por las acusaciones que se le hacían de que iba a seguir esta línea de polarización, y que tenía que hacer frente a los ocho años de la administración demócrata de Clinton. Esta preocupación está presente en los rejugos políticos en el campo republicano, incluso en el primer año, donde había distintos matices. No es hasta el 11 de septiembre que, con el pretexto de la seguridad, del enemigo externo, se crean condiciones para legitimar la llegada no solo de muchos actores que subieron con Bush a la presidencia, sino la implementación práctica de sus políticas, incluso en el ambiente del Congreso. El «compasivismo republicano» se refiere a un tema del período electoral y de la lógica demagógica que tuvo que usar en ese momento; aunque dentro de los republicanos no se puede decir que todos sean neoconservadores.

Sobre algunas cuestiones referidas a la agenda de los neoconservadores —no tanto las de los 70 y los 80, sino la más reciente—, quisiera hablar brevemente. Una es el tema de las libertades civiles, el llamado «racismo científico». Hay una serie de libros de Charles Murray y otros autores donde se afirma que la población blanca es genéticamente superior a la mestiza, la negra, la latina. Otra es la que atañe a la seguridad ciudadana. En gran medida, muchos de los neoconservadores fueron los que le dieron las municiones a Rudolph Giuliani, el ex alcalde de Nueva York, para lo que hizo antes del 11 de septiembre, y que luego vino como anillo al dedo en todo el proceso de crisis y de psicosis que se vive en los Estados Unidos. Lo mismo tiene que ver con la agenda social basada en la caridad, no en la solidaridad, un punto clave de los pretextos que están usando para desmontar el Estado de bienestar.

Acerca de la política exterior, la lógica del grupo que patrocina el proyecto para el New American Century es la que ha servido, en gran medida, como base programática para su implementación en los dos mandatos de la administración Bush. Hay un nivel de aplicación coherente, referido al aumento de los gastos militares; la cuestión de que los Estados Unidos no se conformen con el *status quo*. Como dice Condoleeza Rice: los Estados Unidos son una superpotencia con derecho a cuestionar el *status quo*, sobre todo en aquellos regímenes que perciben no aptos para la política norteamericana.

Un tercer tema clave es el de la libertad y el unilateralismo. Se trata de una postura importantísima de la estrategia de los neoconservadores en política exterior. En este sentido, se plantea la lógica de las acciones preventivas: hay que actuar antes de que surja una amenaza. Esta es una ruptura con todo el consenso ulterior a la Segunda guerra mundial en los Estados Unidos. Se perciben los conflictos en términos morales, no en la noción clásica del pensamiento norteamericano en cuanto a apreciar las distintas variables de los conflictos.

**Rafael Hernández:** Santiago apuntaba algunos elementos nuevos en la política exterior de los Estados Unidos. Retomando esta idea sobre elementos presentes en el pensamiento neoconservador y que se pueden hacer realidad a partir de ciertas circunstancias favorables, vemos que no solo aparece la legitimidad de la condición de imperio como autoconciencia gobernante, sino también la significación particular del Medio Oriente y del Golfo Pérsico. Sin embargo, este tema ya era central en el pensamiento estratégico neoconservador, no solo antes del 11 de septiembre, sino desde los años 80: el apoyo incondicional a Israel; la importancia estratégica global del Golfo Pérsico y del Medio Oriente por encima de cualquier otra región del mundo; la importancia del petróleo, hasta el punto de considerarlo una prioridad militar de los Estados Unidos; la necesidad de reestructurar y restaurar la hegemonía norteamericana, cohesionar su poder disperso, y encentrarla como potencia. Las grandes diferencias con el pensamiento de los 80, naturalmente, parten de que ya no existe la Unión Soviética. Cuba ya no es, como solía afirmar el discurso neoconservador de entonces, «ese segundo agente peligroso del comunismo internacional después de la Unión Soviética». Aunque sigue siendo un problema o una molestia, no es comparable la visión y preocupación por Cuba de hoy con la que se tenía en aquel momento, dentro de la agenda de política exterior de Estados Unidos.

Hemos aprovechado mucho las diferencias de perspectivas disciplinarias de los miembros del panel y también las de criterios, así como los juicios y preguntas de los asistentes. Muchas gracias.

### Participantes:

**Julio César Guanche.** Profesor y ensayista. Asesor de la casa del Festival del Nuevo Cine Latinoamericano.

**Hiram Hernández Castro.** Profesor. Coordinador de la revista *Temas*.

**Jorge Hernández.** Sociólogo. Director del Centro de Estudios sobre los Estados Unidos de la Universidad de La Habana.

**Enrique López Oliva.** Profesor y periodista. Secretario de la sección cubana de la Comisión para el Estudio de la Historia de la Iglesia en Latinoamérica (CEHILA).

**Santiago Pérez.** Diplomático y profesor. Instituto de Relaciones Internacionales.

**Rafael Hernández.** Politólogo. Director de *Temas*.